

ingeniosa complacencia que tan sin razón se nos acusa de sentir por lo feo. No es que tengamos intención de negar que ese lugar lo sea de tormentos, de suplicios intolerables; pero á nosotros nos basta saber que es el lugar creado para ellos mismos por los desperdicios de la humanidad. Esto sólo debe bastar para hacernos concebir un horror terrible.

Grabbe hace decir á su duque de Gothland, quien había amontonado tantos crímenes en presencia de la muerte próxima, esta blasfemia que el viejo Zschokke repite después: ⁽¹⁾ «¿El infierno? He ahí á lo menos algo nuevo, y apuesto á que puede uno habituarse á él». ⁽²⁾

La cuestión es saber si se está bien allí donde habrá sin duda necesidad de habituarse.

Sí, es posible habituarse al infierno, si no es más que un mar de fuego y de azufre, porque á veces en la vida nos habituamos á cosas peores aún; sin embargo, la espesa humareda del fuego no constituirá el mayor tormento de que será el infierno testigo.

Ya aquí, en esta vida, por virtud de un justo orden de cosas, sucede que cada espíritu desordenado se convierte en su propio tormento, y un tormento muy fuerte. ⁽³⁾ ¿De dónde procede esa necesidad de cambiar de sitio, de viajar, ese afán de distracciones, esa naturaleza irritable que hace á muchos imposible estar un día en el mismo lugar, especialmente solos y tranquilos?

¿De dónde procede que el trabajo y los más duros tratamientos parecen al criminal un beneficio comparados con el aislamiento en un calabozo, aislamiento que le obliga á estar solo consigo mismo? ¿De dónde procede ese espíritu que no dejaba en reposo á Tiberio ni en la soledad, ni en medio de los desórdenes, ni entre las matanzas más horribles, y que le hizo escribir al Senado la carta memorable, cuyo contenido era el siguiente: «¿Qué os escribiré,

(1) Zschokke, *Selbstschau* (3), 53.

(2) Grabbe, *Hertzog Theodor von Gothland*, 5, 6.

(3) Agustín, *Confess.*, 1, 12, 19.

Padres Conscritos, ó cómo os escribiré, ó acerca de qué no debo escribiros en este momento? Si lo sé, que los dioses y las diosas me hagan perecer más miserablemente aún de lo que me siento pérecer cada día». ⁽¹⁾ ¿De dónde proceden estas palabras del parricida Orestes: «Hay algo que me expulsa; no puedo permanecer más largo tiempo?» ⁽²⁾

Todo esto es fácil de explicar. Arrojado más allá de las fronteras de la humanidad por el deseo salvaje de cometer crímenes; separado de Dios por la arrogancia y el odio contra él, no le queda al pecador más que su propio corazón. Pero ¡qué corazón! Un corazón destrozado, endurecido, un espíritu oscuro, en una palabra, una naturaleza devastada. He ahí cuál será en lo sucesivo su única morada; está en su sitio.

Ahora el pecado se ha desvanecido, sus encantos están marchitos; hasta es imposible seguir entregándose á él. Sólo se presenta á la vista del pecador su fealdad sin velos; vuelve aquél los ojos con desagrado, y lo encuentra en sí mismo. Ve con espanto al monstruo extender los brazos para ahogarle. Le aprieta horrorizado contra su corazón; no puede ni quiere hacer otra cosa. Está solo con el pecado y el pecado está solo con él; está solo con su persona; no está ya en sí, y, sin embargo, es incapaz de salir de esa situación. Está en su sitio.

Así es que maldice y no sabe lo que ha de maldecir. Blasfema de Dios, maldice á sus padres, á los hijos de sus hijos, á la especie humana, el tiempo, el lugar en que nació. ⁽³⁾ Maldice el sol, cuyo brillo aborrece porque le recuerda la luz que abandonó. ⁽⁴⁾ Maldice el amor de Dios, porque para él—situación verdaderamente horrible—son iguales el amor y el odio. ⁽⁵⁾ Sin embargo, la rabia es inútil. Siempre recae en él, porque no le queda ya más que él mismo. Está en su sitio.

(1) Tácito, *Annal.*, VI, 6.

(2) Esquilo, *Choeph.*, 1062 (Ahrens).

(3) Dante, *Inferno*, 3, 103, 105.

(4) Milton, *loc. cit.*, 4, 37 y sig.

(5) *Ibid.*, 4, 69 y sig.

Llama una nueva muerte, para librarse de lo que le es más intolerable, de sí mismo, y la muerte huye de él. ⁽¹⁾ Queda solo con él solo. Está en su sitio.

Se maldice por haber escogido él solo, libremente, contra la voluntad de Dios, contra su propia naturaleza, ⁽²⁾ el estar en su sitio propio. Lleva en sí el infierno, porque está en su sitio.

Desesperado, quiere huir; pero á todas partes donde huye va consigo mismo. ⁽³⁾ Queda en su sitio. Es para sí su propio infierno, porque es él mismo su sitio propio. ⁽⁴⁾ «Lo que hice, hecho está. Llevo en mí un tormento que no puede ser mayor. El espíritu, que es inmortal, se recompensa á sí mismo sus buenos ó sus malos pensamientos; es á la vez el principio y el fin del mal; es para sí mismo su tiempo y su lugar». ⁽⁵⁾

Así no acabará nunca el tormento del réprobo. Su orgullo durará eternamente y no tendrá poder más que para hacer todo mejoramiento imposible. Su odio, que no podrá jamás aplacarse, le atormentará por toda la eternidad. Flameará eternamente su cólera, y quedará, sin embargo, por siempre impotente. Su rabia se revelará en eternos espumarajos, pero no encontrará en qué ensañarse, sino en sí mismo. Por eso no morirán jamás ni su gusano ni su fuego, porque él, su propio gusano, su propio fuego, no podrá jamás morir. ⁽⁶⁾ Las penas del infierno son, pues, necesariamente eternas.

10. Cómo se va al infierno y cómo se evita.—Este pensamiento del infierno es fuente de inquietudes para unos y de audacia para otros. Las palabras del poeta: «Es fácil bajar al infierno», ⁽⁷⁾ son demasiado verdaderas. Por eso unos dicen temblando: ¿Quién, pues, espera salvarse? en tanto que otros, llenos de temeraria audacia, exclaman:

(1) Apocalip., IX, 6. Dante *Inferno*, I, 117; 5, 44 y sig.

(2) Milton, *loc. cit.*, 4, 71 y sig.

(3) Quis exul se quoque fugit? (Horac., *Carmen*, 2, 16, 19, 20).

(4) Milton, *loc. cit.*, 4, 19 y sig., 75 y sig.

(5) Byron, *Manfred*, 3, 4.

(6) Marc., IX, 43, 45, 47.—(7) Virgil., *Æn.*, VI, 126.

Pues que todos seremos condenados, ¿á qué esforzarse en evitar una ruina de que estamos ciertos?

¡Pero no! ¡Fuera todos esos prejuicios! ¡Fuera esa ansiedad! Se equivocan las almas inquietas que viven siempre con la aprensión de caer en el precipicio por una falta leve. Se equivocan también los que acusan á nuestra fe de hacer un crimen inexpiable de la más pequeña falta, de poner trabas al hombre en su conducta y de amenazar inmediatamente á la humanidad con la perdición eterna. No es esa la cuestión; no tan fácilmente se cometen crímenes contra la humanidad; no se es sin motivo presa del infierno. Una conciencia delicada, que teme aun las faltas leves, no caerá jamás en faltas graves; solamente quien va con imprudencia, despreciando las bagatelas, corre el mayor peligro. Una vía amplia y fácil conduce desde las cumbres de la dignidad humana hasta el abismo de la reprobación antihumana, y son muchos los que van por ella. Pero no se cae de un solo salto en el precipicio. Muy pocos son los que, en un paseo descuidado y distraído á través de los bosquecillos de humanas debilidades, que van de la cumbre al fondo del precipicio, saben cuándo y cómo acaba por faltarles el suelo bajo los pies. Perdidos están, si, en la caída, no son detenidos por una mano fuerte y misericordiosa, pues entonces caen de roca en roca, desapareciendo al poco tiempo, bajo sus pies vacilantes, el suelo de las debilidades humanas.

Por eso el principio de la sabiduría consistirá siempre en que el hombre se ponga en guardia contra sí mismo. Lo temible es el primer paso hacia abajo; si no se le da importancia alguna conduce á un segundo y éste al último. Es muy raro que el hombre sucumba en una gran caída súbita; las pequeñas faltas que se desprecian y que no son inmediatamente reparadas, causan de ordinario nuestra ruina. El que pone atención á las cosas pequeñas, no tiene por qué temer las demás; quien no olvida que es hombre y capaz de toda debilidad humana, no perderá jamás el fin del hombre ni la humanidad.